

CAPITULO IV

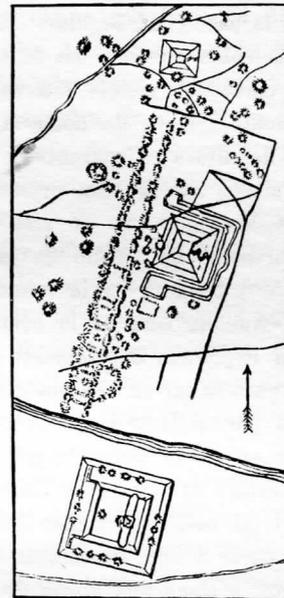
Escasez de noticias sobre la época tolteca. — Período de transición. — Teotihuacán. — Las pirámides. — Sus medidas. — Su construcción. — El subterráneo y la plataforma. — La orientación. — Unidad lineal. — La ciudadela. — Los tlateles. — El camino de los muertos. — Las graderías laterales. — Los pórticos. — Columnas y ornatos. — Cruz de Teotihuacán. — Su significado. — Cruz de serpientes — Anillos de oro y de cobre. — El cobre fundido. — Relaciones de las pirámides de Teotihuacán con las de Egipto. — Objeto de los monumentos de Teotihuacán. — Su sistema de defensa. — Pirámide y muralla de Zacoápan. — Gran importancia de la ciudad de Teotihuacán. — La civilización tolteca. — Principio de la decadencia. — La influencia tolteca en la región tzapoteca. — La Mixteca. — Primeros pobladores. — Invasiones meca y tolteca. — Los reyes. — El sacerdocio. — El dios de Achiutla. — El templo de Yanhuatlán. — Trajes y adornos. — Jeroglíficos. — Calendario. — Los ídolos de grecas. — Urnas cinerarias. — Ruinas de Mitla. — Lyobáá. — Necrópolis de los reyes tzapoteca. — El gran palacio. — Disposición de sus edificios. — Sus muros. — Mosaicos de grecas. — Columnas monolíticas. — Techos. — Pintura mural. — Objeto de las cuatro salas. — El gran sacerdote. — Ceremonias. — Objetos de oro. — Mudanza de trajes. — Fundición del oro. — El zeetobá. — La fortaleza. — Las pirámides. — Principio de la decadencia.

Raro es que podamos dar razón de pueblos prehistóricos y cuenta de sus costumbres é ideas como lo hemos hecho con los nahoas del Norte; que hayamos entrevisto al menos la civilización primitiva del Sur cuando levantaba construcciones ciclópeas como las pilastras de Aké, llevaba su cronología por lunas *u* y usaba una aritmética decimal, de la que resta como recuerdo más notable el *pic*, y que de los tolteca, raza superior que vivió cuatro siglos en el centro de nuestro territorio, que fué sin duda la que ejerció más influencias históricas y tan importantes que las naciones más adelantadas pretendían descender de los antiguos habitantes de Tóllan, casi nada sabemos si no son los relatos, á veces inverosímiles, de Ixtlilxóchitl, lo que recogió Torquemada, las noticias completamente contrarias del código de Cuauhtitlán y alguna que otra aislada que corre en crónicas é historias manuscritas. Y es que los mexica absorbieron y se apropiaron de tal manera aquella civilización que le quitaron su personalidad; y á mayor abundamiento destruyéronse sus fuentes jeroglíficas por la quema que hizo Itzcoatl; y Tóllan, ciudad de truída varias veces y cuyas piedras han servido para muchas construcciones, no nos muestra las estatuas de sus antiguos dioses, ni sus templos ni sus palacios, si no son algunos muros derruidos sin significación, trozos de columnas, las piernas de una cariatíde, un relieve de *Totec* y un anillo del *tlachtli* muy maltratados y un gran ídolo animal que acaso pudiera ser figura monstruosa de la diosa Rana.

Querer reconstruir con esta falta de elementos sería exponerse á inventar, y no queda más remedio que seguir á la civilización tolteca en sus invasiones,

siquiera sea para darnos cuenta del período de transición, de dos siglos nada menos, que medió entre la destrucción de Tóllan y la fundación de México, período que los autores llenan apenas con la peregrinación azteca.

Sin duda que la ciudad más importante del señorío de Tóllan y la primera adonde se retiraron los *quet-*



Plano de Teotihuacán

zalcoatl, según las tradiciones, fué Teotihuacán. En un manuscrito que fué de Boturini y después de Kingsborough, se dice que era la gran Teotihuacán, que antiguamente se llamó *Tolteca* y la nombraban *Espe-*

ranza en los dioses, lugar sagrado en que adoraban y convocaban á sus dioses los tolteca, como los cristianos tienen á Roma, y que cuando los señores de Tóllan gobernaban en ella se perdió la nación con guerras, pestes y hambres, y á los cinco años que los tolteca se habían ido estaban ya demolidos y desbaratados sus cercados y casas. No sufrió destrucción tan completa ni tuvo suerte tan adversa Teotihuacán; continuó en pié al mando de nuevos señores, y todavía hoy sus ruinas nos dan idea de su antigua grandeza, de que son cifras colosales sus dos pirámides del sol y de la luna.

Las exploraciones hechas en la vieja ciudad por la comisión científica de Pachuca y por los señores Mendoza y García Cubas, nos dan los datos necesarios para conocer lo que de las ruinas resta, datos que en algo se completan por las fotografías que sacó ahí M. Charnay en su reciente viaje.

A cincuenta kilómetros al noroeste de la ciudad de México y en la falda de una pequeña colina levántanse aún las pirámides. De esa misma colina extrajeron los antiguos pobladores el tetzontli conque construyeron la ciudad. Son los monumentos principales de las ruinas las dos pirámides, el *Tonatiuhzacualli*, que estaba dedicada al sol, y el *Meztlicacualli*, á la luna. Ésta queda al lado norte, y la otra al sur. Si se examinan de cerca las pirámides, aun cuando de lejos parecen ser de un solo cuerpo como la generalidad de las de Egipto, se observa que están formadas de cuatro con una meseta superior, figura usada pocas ocasiones en el país del Nilo, pero que hemos visto repetidas veces era la general en nuestro territorio. Las dos pirámides tienen la base cuadrangular. Las separa una distancia de ochocientos metros. La de la luna mide en su base ciento cincuenta y seis metros de oriente á poniente, por ciento treinta de norte á sur, y tiene cuarenta y dos de altura, ó cuarenta y seis, según el señor García Cubas. En la cara oriental no se prolongan los pisos, sino que hay en ella una rampa en zig-zag, que partiendo del medio de la cara decrece proporcionalmente y termina en la mitad de la plataforma superior. Aunque ésta es la común descripción, como no se han explorado debidamente las pirámides, creemos que no pudo faltar en ellas la general escalera, tapada sin duda por hallarse los monumentos cubiertos de vegetación y en parte destruída por los derrumbes. La meseta superior es de seis metros por lado. La pirámide del sol mide en su base doscientos treinta y dos metros de norte á sur, doscientos veinticuatro de oriente á poniente, y tiene una altura de sesenta y dos, según la comisión de Pachuca, aunque por las medidas del señor García Cubas son doscientos treinta y dos, doscientos veinte y sesenta y seis. La meseta superior tiene de norte á sur diez y ocho metros y treinta y dos de oriente á poniente. En ésta se distinguen bien los tres pisos, mientras que en la de la luna sólo se nota

uno á distancia de veintiún metros de la base; el ascenso actual de la del sol da además mayor número de vueltas, y á más ambas tienen un *tlatelli*; pero en ésta en la cara occidental y en la de la luna en la austral. Agreguemos que como prueba de que era el punto principal de defensa de la ciudad, la rodea una muralla por tres de sus caras, exceptuando la occidental, notable fortificación construída en talud, de seis metros de altura por cuarenta de espesor. La construcción de los dos *zacualli* es de capas sobrepuestas; sus dimensiones y el tamaño de las piedras de basalto escorioso que las llenan, van disminuyendo sucesivamente por un sistema semejante al de Mac-Adam. La primera capa es de ocho decímetros de espesor y de piedra y lodo, las piedras son como de tres decímetros cúbicos; la segunda es de tepetate en trozos como el puño de un hombre mezclados con lodo, con un espesor de cuatro decímetros; la tercera es de arena de tezontle también mezclada con lodo, los granos de la arena son como garbanzos, y el grueso de la capa es de siete centímetros, y la última, de un milímetro, es del antiguo estuco que ya conocemos. Así continúan sobreponiéndose las capas.

Hemos hablado de los tlateles que hay sobre las dos pirámides y debemos agregar la existencia en la de la luna de un pozo cuadrangular, cuyas paredes están formadas de sillares de toba volcánica unidas con lodo, de ocho centímetros de espesor: el pozo es cuadrado, de un metro seis centímetros por lado, con paredes verticales. Pozo y tlateles han sido motivo de discusión, se les han dado diferentes objetos y ha surgido sobre todo la cuestión de si las pirámides tienen galerías interiores y sirvieron éstas de cámaras funerarias.

La cuestión del pozo se reduciría á saber si había galerías en el interior de las pirámides, y si servían de cámaras funerarias como acabamos de decir. Pues bien, desde el momento que en otros monumentos semejantes, como el *zacualli* de Cholóllan y la pirámide del Puente Nacional hay tales subterráneos y en otros encontramos salas mortuorias, como en Chila, la discusión carece de gran interés, aunque sí sería conveniente hacer una exploración y estudios verdaderamente serios. Diremos solamente, sin responder de su exactitud, que alguna persona nos ha contado que se atrevió á descollarse por el pozo y que encontró hasta tres galerías de forma circular á diferentes alturas. El tlatel adherido á la pirámide de la luna coincide con la entrada de la galería que va al pozo, y si recordamos la plataforma sostenida por cariátides del templo de la cruz en Palemke, creemos comprender que eran lugares destinados para hacer sacrificios á la vista del pueblo reunido en las extensas plazas.

También se ha disputado la orientación de estas pirámides. De las diversas observaciones practicadas se ha deducido que las dos pirámides no están igualmente

orientadas, coincidiendo la de la luna aproximadamente con el meridiano magnético, pero con la circunstancia muy notable de encontrarse la línea de los centros de las dos pirámides en la dirección del meridiano astronómico. La pequeña diferencia que hay parece que proviene de que los constructores tuvieron en cuenta el movimiento de la bóveda celeste, y se fijaron en la estrella polar creyendo que estaba exactamente en el eje del mundo. Agregaremos que la pirámide del sol es casi igual en la extensión de su base á la de Cheops y más alta que la de Miserynus.

La diversidad de medidas que dan ambas pirámides sugirió el estudio para indagar la unidad métrica probable de nuestros antiguos pueblos. Según el señor Almaraz, suponiendo esa unidad lineal de ocho decímetros, las diversas medidas resultan, con pocas excepciones, múltiples perfectos. Algunas observaciones hechas en los monumentos del Sur por Charnay, le han dado siempre medidas exactas por centímetros. Años há que en nuestro estudio acerca de la Piedra del hambre llamamos la atención sobre esta circunstancia. Diversas razones nos han hecho pensar como simple hipótesis, que la unidad lineal nahoa era de dos metros exactos, divididos en cuarenta fracciones de á cinco centímetros.

A ochocientos metros de la pirámide del sol se ve al sur un monumento de construcción particular, conocido con el nombre de la Ciudadela. Cuatro muros que se cortan en ángulos rectos cierran un cuadrado casi perfecto. Su espesor es de ochenta metros y su altura media de diez, con excepción del occidental que tiene cinco solamente. Sobre las murallas hay cuatro tlateles en el lado sur, otros cuatro en el norte y tres en cada uno de los otros dos. *Tlatelli* significa montón de tierra, y expresa cualesquiera construcción cónica ó piramidal; pero especialmente se da ese nombre á los túmulos. En el centro del cuadrilátero hay una pequeña pirámide de base cuadrangular que domina todo el edificio, y que, aunque muy deteriorada, parece que tuvo dos pisos y una subida por la cara oriental.

Liganse á las pirámides otras construcciones menores, túmulos ó tlateles. Los que rodean á la pirámide del sol tienen unos nueve metros de altura y servían, según la tradición, de sepulcros de sus jefes y señores. Los tlateles son de diferentes dimensiones y en ellos se han encontrado objetos de oro, de piedras pulidas, y en uno el gran ídolo, que tiene nada menos que tres metros de altura. Si muchos de ellos sirvieron para sepulcros, cree el señor Mendoza que otros fueron cimientos de templos de dioses menores, y muchos de las casas aisladas en que vivían los habitantes de la ciudad, las cuales, por lo que de sus restos se ve, estaban estucadas en el piso y las paredes, lo mismo que los espacios entre las casas, y el estuco pintado por regla general de rojo como el de las pirámides, y

otras veces con diversos colores. Pero advirtamos que Charnay ha encontrado ruinas de habitaciones más extensas y nos ha dado la fotografía de unas que llama palacio.

La cantidad de tlateles es innumerable, se les mira á gran distancia en todas direcciones; se ha calculado que tomando por centro la pirámide del sol se extienden en un radio de legua y media. Esto acredita que á más de ser la ciudad de los dioses era Teotihuacán la necrópolis tolteca. Los túmulos á su vez manifiestan que ahí llegó la civilización del Sur, y hacen patente la invasión nahoa, el que á ocasiones se encuentran en esos mismos túmulos cajas mortuorias con cenizas, y en algunas de esas cajas había un cráneo, varias cuentas y objetos curiosos de berilo, heliotropo y serpentina. La comisión de Pachuca excavó uno de los tlateles más pequeños, y encontró cuatro paredes cortándose en ángulos rectos y formando un cuadrado; están inclinadas y dentro tienen unos escalones paralelos á ellas; sobre éstos se levantan otras cuatro paredes igualmente inclinadas, formando un pequeño cuarto en que cabe el cadáver de un hombre.

Pero hay, además, formando calle, una serie de tlateles perfectamente ordenados: llámase *el valle ó camino de los muertos*. Rodea la pirámide de la luna y de su cara austral parte en línea recta, pasando frente á la occidental del *zacualli* del sol, y continuando hasta la Ciudadela; según el señor Mendoza sigue hasta la base del cerro Matlatzinca. Comencemos por notar que los lados de las dos pirámides en donde están las plataformas, caen sobre esta *calle de los muertos*, lo que confirma su objeto religioso. Si debemos agregar, que la construcción de las plataformas es diferente de la del resto de las pirámides, pues están formadas de piedras labradas á escuadra, lo mismo que dos líneas que cortan la del sol cerca de sus ángulos noroeste y sudoeste, y que en nuestro concepto son restos de escaleras.

Los lados de la *calle de los muertos* están formados por una serie de tlateles que corren paralelamente, con la particularidad de que poco antes de llegar á la pirámide del sol se amplía aquélla á ambos lados como para formarle una plaza á ese monumento. Los tlateles tienen la figura de pequeñas pirámides, y hacen por el lado de la calle una escalinata ó gradería continuada.

En el centro de la amplísima calle mortuoria levántanse también á trechos pequeñas pirámides. En una de éstas se encontró un nicho vacío á manera de caja y con las paredes bruñidas, precisamente del tamaño de un hombre.

A la mitad de la distancia que hay entre ambas pirámides, circo grandes plataformas de piedra forman una plaza triangular. Se cree que sirvieron de base á los palacios de los sacerdotes. Llamamos los campesinos plazuela de las columnas á ese lugar, y en efecto, se

conoce todavía que allí hubo dos grandes pórticos. Queda de ellos en pie una pilastra de forma muy especial, pero que es la característica en Teotihuacán. Es la nueva arquitectura que tiende en sus líneas á figurar el rostro humano, idea que produjo los mascarones de Chichén y Uxmal y que dió forma geométrica á las facciones de los ídolos tzapotecas de ese tiempo. Fórmase la pilastra de cuatro figuras semejantes cuyos dibujos encajan los unos con los otros, terminando el superior en un remate análogo. El remate de la pilastra es algo curvo, lo que prueba que no sostenía vigas ni

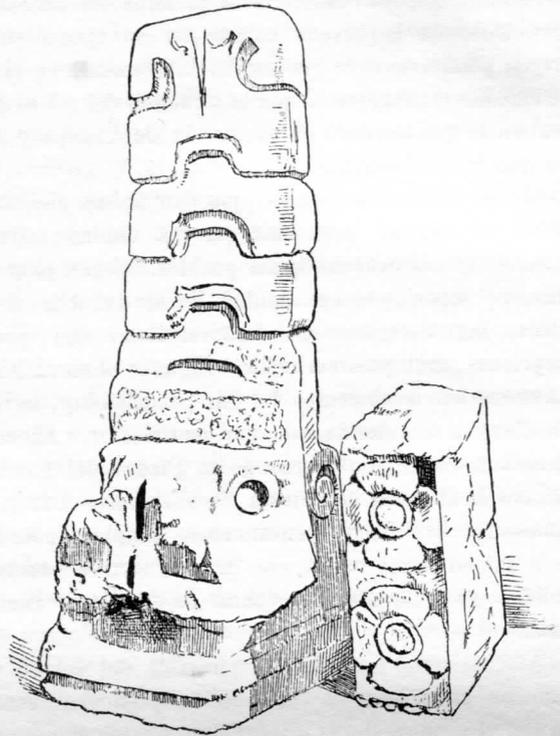


Teotihuacán. — Pilastra de los pórticos

otra construcción. Fueron entonces aquellos pórticos series de columnas simbólicas sin techos, y acaso tenían el mismo objeto las pilastras ciclópeas de Aké y las columnatas de Chichén. Todo revela en Teotihuacán un culto suntuosísimo, y esa *calle de los muertos*, con sus inmensas graderías, con sus innumerables fleteles, con sus palacios y sus pórticos, está manifestando que allí millares de hombres venidos de todas direcciones iban á contemplar asombrados las ceremonias sorprendentes de una religión toda misterio y toda grandeza.

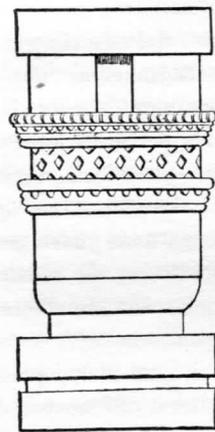
Es lástima grande que no nos queden muestras de aquella suntuosa arquitectura y que no podamos con datos ciertos referir el lujo y suntuosidad de aquella corte teocrática. Apenas si hay algunas pilastras seme-

jantes á la descrita que tienen por base figuras parecidas al gran ídolo de que hemos hablado, y una que otra muestra de ornamentación, ya con grecas sencillísimas, ya de flores de cuatro hojas que se abren



Teotihuacán. — Pilar y piedra con ornatos

á manera de cruz, ornamentación que va de acuerdo con la arquitectura y con el objeto de la metrópoli y que está revelando un gusto clásico y severo. También es muy notable como estilo, que recuerda el de Uxmal, un



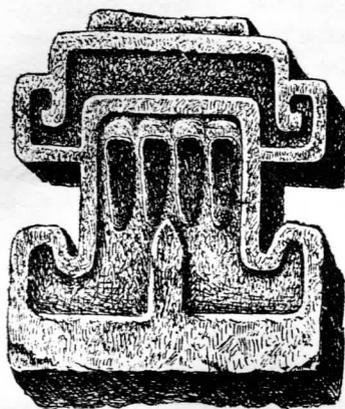
Teotihuacán. — Altar

monumento encontrado por Mayer, de diez piés y medio de altura por cinco de ancho y que está perfectamente orientado en el centro de un grupo de pequeños fleteles. Se ha discutido mucho su objeto y no comprendemos como no han conocido desde luego que es un altar.

En el lado occidental de la *calle de los muertos* y en el interior de las construcciones que M. Charnay llama *palacio*, encontró dos losas de gran importancia, una de las cuales cerraba completamente la entrada de un subterráneo. Estaban enterradas á dos metros y medio de profundidad, y en ambas está grabada una cruz. Una de ellas existe en nuestro Museo Nacional.

De algo menos de metro y medio de altura por algo más de un metro de ancho, representa una cruz que reposa en un zócalo, y muestra huellas del antiguo rojo de que estuvo pintada.

Una cinta de doce centímetros de altura, que se repliega á ambos lados á manera de greca, forma los brazos, y de ella caen esculpidos en bajo-relieve cuatro dientes. En el centro de la base, y también en relieve,

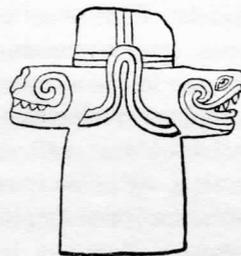


Cruz de Teotihuacán

se levanta una flecha que penetra algo entre los dos dientes del centro.

Desde que nuestro amigo el señor Charnay trajo esa cruz, le manifestamos que en nuestra opinión los dientes simbolizaban al viejo dios *Tlaloc* de los nahoas, y aun sacamos de esto argumento para decir en el Apéndice á la obra del padre Durán que en 1880 publicamos, que esta cruz, era otra prueba de que las civilizaciones del Sur y del Norte se habían confundido en Teotihuacán, puesto que en la cruz, dios de las lluvias de los maya-quichés, se encontraban grabados los dientes de *Tlaloc*, dios de la lluvia de los nahoas. Hemos visto después con suma satisfacción que nuestro sabio y muy estimado colega M. Ernesto Hamy, conservador del Museo de Etnografía de París, es de la misma opinión en un opúsculo que en 1882 publicó. Pero á más en nuestro estudio sobre la Piedra del Sol, que en los *Anales del Museo* estamos publicando, hemos llamado la atención sobre el parecido que la cruz de Teotihuacán tiene con el *tlachtli* ó juego de pelota, por lo que hemos dicho que, además de su significación como deidad de las aguas, si se estudia su forma, se ve que se compone de una faja vertical en cuyos extremos hay

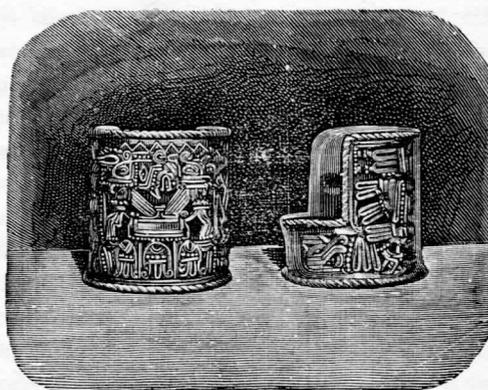
otras dos fajas horizontales y paralelas. Que la vertical corresponde á la meridiana se comprende por la flecha en ella esculpida, muy semejante en su contorno á la de la cruz de Palemke; así es que las fajas horizontales expresan las líneas solsticiales de oriente y poniente. Encontramos, pues, que la cruz de Teotihuacán tiene tres importantes significados: es deidad de las lluvias,



Cruz de serpientes

símbolo del *tlachco* del sol y de su movimiento y signo del gran período cronológico de los tolteca. Este significado se confirma con la cruz de serpientes del Museo Nacional, pues ya hemos visto que el *coatl* es símbolo de los períodos cíclicos del sol.

Entre los objetos que se cuenta que han sido extraídos de los tlateles de Teotihuacán, á más de varios de oro y de obsidiana, hemos conocido un precioso anillo de oro también, que ya pertenece al Museo Nacional, y otro de cobre que vimos en poder del señor Orozco. El admirable labrado del primero atestigua el adelanto de los tolteca en el trabajo de los metales, y el segundo da á conocer que ya se había alcanzado la fundición del cobre. Lo confirma un bezote ó *tenteti* de cobre que hay en el Museo. Estos adornos se encuentran en gran cantidad y son generalmente de



Anillo de oro

obsidiana ó cristal de roca; el vulgo les llama *sombretos* por su forma. En el Museo hay un bezote de plata que representa una cabeza de águila muy bien dibujada; esta preciosa joya fué traída de Atotonilco.

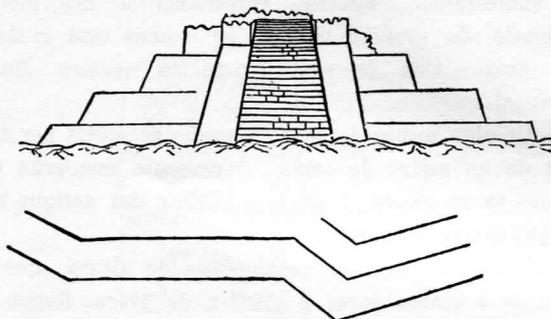
Las pirámides de Teotihuacán han suscitado la cuestión de si son ó no semejantes á las de Egipto,

y si acusan parentesco de las razas de ambas localidades. No nos debe preocupar su forma; que las hay de pisos como las de nuestro territorio bien lo demuestran las de Medum y Sakhara; que aun la de Cheops fué escalonada se percibe perfectamente, y no hay duda de que la mayor parte fué en su principio de pirámides truncadas. Las gradas eran necesarias para la construcción misma, pero se cubrían para alisar sus paredes; la plataforma superior existía en principio, mas se completaba con una cúspide cuando de sepulcros de reyes se trataba; pero lo que es cierto es que el objeto era distinto en Egipto. Por la relación de origen, acaso por comunicaciones muy antiguas, la idea de la pirámide fué común á egipcios y maya-quichés; fué natural que se comenzara por la de pisos, que rellenos los escalones de ésta se llegara á la truncada y que al fin se le pusiera cúspide y lo han comprendido así los egiptólogos. En nuestro territorio sólo hubo un progreso: de la pirámide de cuerpos se pasó á las gradas.

Manifestadas las semejanzas veamos las diferencias. En el Egipto la pirámide fué un monumento sepulcral solamente, y concluída aquélla el edificio estaba terminado. Aquí la pirámide sirvió á veces de sepulcro, pero no siempre, y fué en todas ocasiones pedestal de un edificio, templo ó ciudadela, sobre ella levantada. La pirámide era altar, observatorio, base de palacio á ocasiones, y siempre fortificación.

Veamos bajo este último aspecto los *zacualli* de Teotihuacán. Si fueron templos, si acaso sirvieron de inmensos túmulos, si la *calle de los muertos* fué vía de procesiones suntuosas y la plaza de los pórticos se destinó á las danzas sagradas, al mismo tiempo formaba todo un sistema combinado de fortificación. La pirámide de la luna era el fuerte avanzado que defendía la necrópolis por el norte, haciendo frente á las invasiones de los cuexteca; la *vía de los muertos*, con sus escalinatas laterales, y á trechos otras cortándola, por donde supone el señor Mendoza que subían y descendían majestuosamente los sacerdotes en las ceremonias de su culto, eran obras militares para cerrar el paso al enemigo é impedir que llegase á los palacios de los pontífices y á la pirámide del sol, centro del sistema de defensa; éste era el último atrincheramiento y por eso mientras cubría su lado occidental la misma *calle de los muertos* guardaban sus otros tres muy gruesas y elevadas murallas; y en fin la Ciudadela cerraba el paso al sur, y levantando sus tlateles sobre anchas murallas á semejanza de las fortificaciones de Monte Albán, que por su perfección se llamaron *Hwijazóo*, que tanto quiere decir como defensa, hacía verdaderamente inexpugnable la ciudad sagrada y aseguraba el supremo poder á sus sacerdotes y á sus dioses. Todos los elementos de fortificación conocidos entonces los vemos juntos aquí, y encontramos como un

exceso de defensa, murallas rodeando el *zacualli* del sol. El mismo método está empleado en una fortaleza que por excelencia se llama *Zacuapán*. A quinientos metros del río de Tecolutla y unas cinco y media leguas



Fortaleza y murallas de Zacoápan

de Papantla, elévanse las ruinas de una antigua ciudad llamada *Zacoápan* en totonaco, nombre que es sin duda corrupción del nahoá citado sobre el cerro del Cuyuquihui. Oculta está la muerta ciudad entre un espeso bosque y apenas pocos años há fué descubierta. Su edificio principal es una pirámide cuyo frente da al oriente. Su obra es de piedra unida con mezcla de arena, cal y calzos también de piedra, bien encalada y pulida en su exterior. Es la pirámide de cuatro pisos y tiene en su frente una escalera compuesta de treinta y dos escalones de piedra dura entallados con mezcla de cal y arena, siendo cada uno de seis varas de largo por una tercia de alto. Sube la escalera entre dos planos inclinados cubiertos de mezcla pulida y blanqueada con cal, los cuales se levantan perpendicularmente sobre el tercer cuerpo de la pirámide. La meseta superior tiene trece varas de largo por seis de ancho.

A poca distancia de la pirámide se extiende un muro de piedra, formando en la falda de la montaña una línea quebrada. Esta muralla forma un plano inclinado de unas cuatro varas de altura, y su longitud es tal, que un lado del muro tiene como veinte varas, la línea que sigue mide unas cincuenta, y los lados inmediatos á éstos son de doscientas cada uno: de manera que toda la muralla medirá unas quinientas varas. Hasta aquí vemos el sistema de Teotihuacán, pero como la fortaleza está sobre un cerro adopta también el estilo usado en Xochicalco. Así es que á unas ocho varas de distancia del primer muro se levanta arriba de la montaña otro de la misma forma; tras de ese y casi á la misma distancia otro, y más allá otros que no se descubren fácilmente entre la maleza. El espacio que media entre cada muro está relleno de piedras formando una muralla como de ocho varas y siendo el conjunto de ellos una serie de líneas fortificadas quebradas, á veces paralelas, escalonadas á cortas distancias en la falda de la montaña.

En vista de esta fortaleza, que como tal podemos

calificar de superior á Xochicalco, y considerando que su sistema de defensa está aplicado en la pirámide del sol de Teotihuacán, que el de las escalinatas de Centla y Copán está empleado en la *calle de los muertos*, y en la Ciudadela el de los túmulos sobrepuestos á las murallas usado en Huijazóo; al ver ahí unidos todos los



Estatuza tzapoteca de mármol. — Tercera época

métodos de defensa tenemos que admitir que la ciudad sagrada de los dioses fué no sólo un inmenso santuario y una extensa necrópolis, sino plaza fortísima y centro poderoso de la civilización tolteca.

Que ésta adelantó mucho lo acredita el que por modelo la presentan los cronistas, y sin embargo, contra la opinión común tenemos que decir que con los tolteca comenzó la decadencia, y que de ellos se originaron las grandes luchas religiosas que habían al fin de acabar con los más poderosos señoríos y reducir las razas á la servidumbre y la degradación. Al introducir por la conquista su religión impusieron el fanatismo, y la negación de la libertad del alma es la renuncia á lo porvenir. Por eso la destrucción de Tóllan fué aniquilamiento completo de la nacionalidad y señal de dispersión en todos rumbos del antes poderoso y altivo pueblo. Y no sigamos tampoco la común opinión que hace de los tolteca los maestros supremos de las artes. Que en ellas estaban á buena altura manifiéstano las ruinas que de su antiguo territorio hemos podido estudiar; pero entre los muros del palacio de Tóllan y las paredes labradas de Xochicalco hay tan enorme distancia como entre la pirámide del sol y la de gradas del Castillo de Chichén, entre el ídolo del tlatal y los monolitos de Copán, y entre el mezquino relieve de la cruz de Teotihuacán y el asombroso de la de Palemke. Y notemos que en la región tolteca el lodo mezclado con piedra y el adobe prevalecen en las cons-

trucciones, y que en lugar de la bóveda triangular se usa la vignería nahoa. Podríamos agregar, aunque se nos tache de exagerados, que si los tolteca contribuyeron á la arquitectura con el ornato precioso de la greca y con los primorosos mosaicos que con ella formaron, dieron en cambio origen al churriguerismo, digámoslo así, de ese adorno, al tornar los relieves de los palacios en mascarones y el rostro de las deidades en figuras geométricas de combinaciones extrañas.

Muestra de ambas cosas nos da el segundo estilo de la región tzapoteca, ya en sus ídolos, ya en sus palacios siempre admirables de Mitla. Bien acredita ese nuevo estilo la llegada ahí de los tolteca. Ya la historia nos conserva entre los reyes mixteca á Dzanhuindanda, señor de Achiutla, que se tiene por tolteca, y acaso á Casandóo, rey de Tutepec, en cuyo territorio se ha encontrado una escultura que al carácter primitivo une un *ollinemetzli* por adorno de su pecho. Se nota que el transcurso del tiempo ha ido separando la lengua mixteca de la tzapoteca y formando diferentes nacionalidades.

La organización, digámoslo así, de la nacionalidad mixteca trae su origen de las invasiones. Bien lo comprendió el padre Burgoa que, rechazando la fábula de que los primeros hombre y mujer, señores de la tierra y padres comunes de toda la nación, habían nacido de dos frondosos árboles de Apoala, admite la genealogía convencional y da principio á aquel pueblo de la llegada de *Mixtécatl*, hijo de *Iztac Mixcoatl*, con lo que lo hace de descendencia meca. Dice el mismo cronista que no se sabe acertivamente el lugar en que primero poblaran, pero que de preferencia ocuparon montañas cerradas que fortificaban en sus pasos admirablemente, lo que las hacía inexpugnables, y temible al pueblo que era destrísimo en ejercicios militares y en el manejo de dardos, escudos y saetas. Hay opiniones de que el primer pueblo estuvo entre Achiutla y Tillantonco, y que en este segundo estaba la corte del rey mixteco.

Pero si le damos á Tillantonco la corte del rey no le podemos quitar á Achiutla ni el templo de la mayor de las deidades mixteca, ni que fuese morada de su respetable cuerpo sacerdotal. Sobre la organización de éste quedaron algunas noticias curiosas. El sumo sacerdocio era hereditario y respetado profundamente el que lo ejercía, tanto por el pueblo como por los señores y los reyes. Sólo entraban al sacerdocio hombres enteramente puros y que no hubiesen conocido á mujer alguna, y después de sufrir un año de laborioso noviciado, que empleaban en ayunos, en barrer y cuidar del templo, en continuo recogimiento, velando por las noches para conservar el fuego perpetuo y asistiendo en los sacrificios al gran sacerdote. Había en ese templo de Achiutla un ídolo que hablaba, de extraordinaria reputación, y aunque se ignora su nombre, nos

persuadimos á creer que era *Mixcóhuatl*, dios del fuego y la caza y deidad principal de los meca.

Del otro lado de Tillantongo y opuesto á Achiutla, había en una espaciosa cueva de Yanhuítlán, al parecer otra imagen del mismo dios, pues se dice que ese templo estaba destinado para que hiciesen oración y presentaban sus dones los que llegaban de tierras remotas, y los ancianos y mujeres que por debilidad no pudiesen encumbrar los escarpados montes de Achiutla. El sumo sacerdote de Yanhuítlán se consideraba superior al de Achiutla. El santuario en una cueva acusa tradiciones trogloditas de los meca.

Confirma la invasión meca el vestido que usaban los mixteca, pues en los varones se reducía á cubrirse con pieles de animales y las hembras con pequeños paños asperísimos tejidos con fibras de maguey, que era horror verlos venir con aquel traje, según cuenta Burgoa. Pero si la gente baja andaba de tal manera, los señores en sus ciudades se adornaban con ricas joyas de plata y oro, y de estos metales se ponían cadenas, collares, medallones y animales vaciados para sus fiestas y bailes.

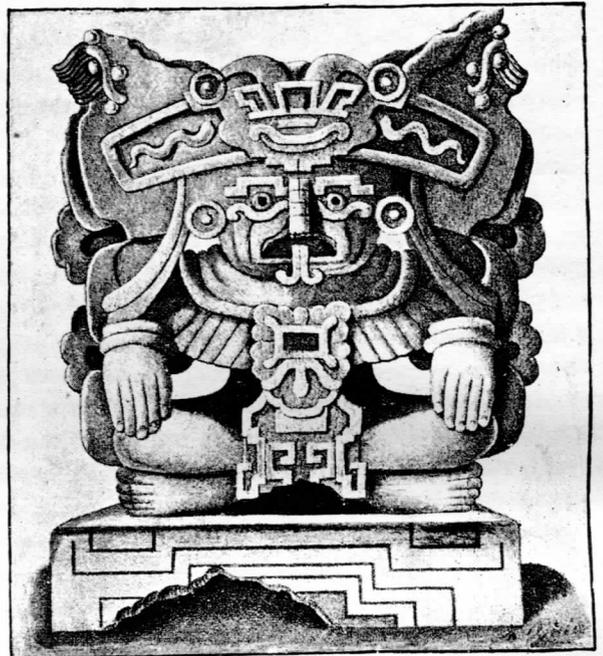
Ya en esto se ve la influencia tolteca y se confirma en su calendario y jeroglíficos. De éstos cuenta el citado cronista que eran historias pintadas en papel de cortezas de árboles ó pieles curtidas de que hacían unas tiras muy largas de una tercia de ancho, y en ellas pintaban los caracteres con que los indios doctos les explicaban sus linajes y descendencias, los trofeos de sus hazañas y victorias, y en los cuales escribían también sus calendarios y sus ritos y supersticiones. Dice al efecto Burgoa que había astrónomos con gran conocimiento del cómputo de sus años. Tenían, en efecto, la cronología tolteca y el ciclo de cincuenta y dos años, y agrega el cronista que los repartían por trece á las cuatro partes del mundo; que los años que caían al oriente los tenían por fértiles y saludables; á los del norte por varios; á los del poniente por buenos para la generación y remisos para los frutos, y á los del sur por muy secos y origen de calamidades, por lo que los pintaban como la boca de un dragón echando llamas: á lo que hay que añadir que comenzaban su año á 12 de marzo, que se componía de diez y ocho veintenetas de días más cinco adicionales, y que computaban al intercalar cada cuatro años, y por la división del año sabían arreglar sus siembras, pues eran buenos agricultores.

Hemos conocido un jeroglífico histórico: la mayor parte son cronológicos, y se distinguen por su abundante ornamentación de grecas y sus colores muy vivos.

Hay muchos motivos para conjeturar que la influencia tolteca no cambió la organización social de los tzapoteca, y que continuó la teocracia apoyada por los señoríos de la región: así lo acusan los mismos palacios

de Mitla, y que conozcamos una descendencia no interrumpida de señores de dos pueblos desde el año 801 hasta la Conquista, y son Meneyadela y veinte descendientes caciques de Coatlán y Cochicahuala y veinticuatro descendientes caciques de Amatlán.

En cuanto á los ídolos de grecas, que así los llamaremos, abundan en el antiguo Tzapotecápan; pero especialmente en *Ella*, nombre nahoá que significa abundancia de frijoles ó judías, como su nombre tzapoteca Loohvanna, que quería decir lugar de mantenimientos, expresando ambos la riqueza de sus tierras; y en efecto, cuenta la tradición que así se hacían las provisiones de víveres para los ejércitos tzapoteca cuando salían á campaña. Uno de estos ídolos, acaso el más



Candelabros funerarios de Mitla

notable, evidentemente representaba á *Quetzalcoatl* según lo manifiesta la lengua bífida que sale de su boca. Notemos desde luego que la escultura en barro va sustituyendo á la piedra, lo cual es señal de decadencia; si bien aquélla alcanza gran perfección y el barro es durísimo y muy fino, como nos consta por la colosal cabeza de tigre que fué extraída de las ruinas de Mitla, y que hoy nos pertenece, en la cual se revelan profundos conocimientos de los planos de la figura y sentimiento estético de lo grandioso en estatuaria.

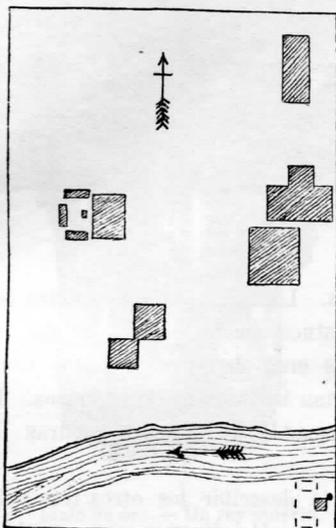
Por ser el ídolo en cuestión hueco y tener un tubo cilíndrico que de respaldo le sirve, creyeronlo Dupuix y Gondra candelabro para encender el *ócotl* ó arca para guardar alhajas en lo interior del pedestal que sostiene al medio cuerpo arriba de la figura y que le sirve de tapa. Bella es la ornamentación del ídolo, y sentado como está al estilo oriental, sin duda que pertenece á

la época de transición de que estamos tratando, época en la cual debió ir dominando la incineración; por lo cual más bien creemos que estas esculturas de barro servían de urnas cinerarias. Dos hechos lo apoyan.



Urna cineraria de Tlateloico con la figura de Centeotl

El tigre que tenemos muestra todavía que formaba parte de la boca de una de esas urnas, y en el Museo existen dos muy bellas y características, también de barro, y con la diosa *Centeotl*, en relieve y pintada de colores, las cuales fueron encontradas en una excavación hecha en la plaza de Santiago Tlatelolco; y según

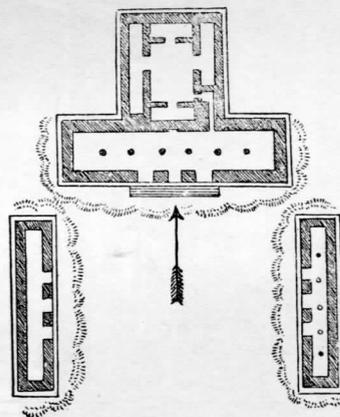


Plano de Mitla

el señor Gondra, estaban divididas en su interior por una tapa circular de barro que separaba el cráneo colocado en la parte superior del resto del esqueleto que lo estaba en la inferior. Pero pasemos ya á examinar las ruinas de Mitla.

El nombre de Mitla viene del *mictlán* nahoá ó lugar de los muertos; pero los tzapoteca le llamaban en su lengua Lyobáá, que quiere decir *el centro del descanso*. Dice Munguia que tomó el nombre de ser una gran oquedad de tierra ó nivel más bajo que el suelo que la rodea, y que por esto también fué destinado el lugar para sepulcro de los reyes tzapoteca y mansión del sumo sacerdote.

Le da el cronista influencia al demonio para hacer que los tzapoteca poblaran el lugar, como les infundió adoración al peñasco de Xaquisa ó Teutitlán con su nombre nahoá, é indujo á los mixteca á destinar la cueva de Chalcacatonco para sepulcro de sus señores. Puede decirse que las ruinas se reducen á cuatro palacios y dos pirámides. Hablando del gran palacio, dice Burgoa que vió los edificios hace más de dos siglos cuando aun no estaban en el estado de destrucción que



Plano del gran palacio de Mitla

hoy se encuentran, que edificaron en cuadro esa opulenta casa ó panteón, altos y subterráneos; éstos en aquel hueco ó concavidad de que ya hicimos referencia, igualando con maña las cuadras en proporción que cerraban, dejando un patio muy espacioso. Hay que advertir que el palacio conocido como primero se compone de tres terraplenes oblongos, de piedra mezclada con tierra, de unas dos varas de altura, de los cuales el mayor queda al norte y otros dos iguales á oriente y poniente, formando ángulos rectos con el primero y dejando vacío el lado del sur. Sobre estos terraplenes hay tres edificios que á su vez forman un patio abierto de ciento veinte por ciento treinta piés. Por los dibujos de Dupaix parece que había restos en su tiempo de un cuarto terraplén y de su edificio al sur. La verdad es que Burgoa dice que los edificios cerraban los cuatro lados. Los dos edificios laterales tienen diez y nueve piés de ancho por noventa y seis de largo. En el del norte, la parte más ancha tiene ciento treinta piés por treinta y seis de fondo, y la del centro sesenta y uno por lado, teniendo las paredes diez y ocho piés de altura y nueve de grueso. Cada uno de los tres edificios, ó más bien,

cada una de las tres alas, tiene tres puertas que dan al patio, á las que se llegaba por escalinatas de pocas gradas, de que quedan huellas en la parte norte.

La construcción de este palacio manifiesta la invasión tolteca, y por lo mismo una nueva faz social en la región de Didjazá. Los muros son de tierra mezclada con piedras, y M. Bandelier, que no há mucho visitó las ruinas, nos decía que eran paredes de lodo. Burgoa dice que el centro de las paredes es de una argamasa tan fuerte que no se sabe de qué licor la amasaron. Dupaix refiere que el macizo ó grueso de las paredes se compone de una tierra mezclada y beneficiada con

arena y cal. Como se ve, la construcción se aleja de las de la península maya y de Palemke; y, por el contrario, es semejante á la de los muros de Tóllan y las pirámides de Teotihuacán.

La superficie de estas paredes está cubierta en su parte inferior con hileras, como de una vara de altura, formadas de losas labradas con un bordo para sustentar la inmensidad de piedras pequeñas que combinándose cubren los muros: son estas piedras de una sesma de largo, la mitad de ancho y la cuarta parte de grueso, labradas y tan alijadas y parejas como si hubiesen salido todas de un molde. Encerradas en tableros por piedras



Ruinas de Mitla. — Salón de la columnas monolíticas

lisas y mayores ó formando hileras sobrepuestas, fueron haciendo con ellas diversas formas de grecas, encajando las piedras labradas unas en otras, y lo que más llama la atención es que hicieran el ajuste de ellas sin un puño de mezcla.

Otra de las particularidades de la construcción son las columnas monolíticas, de las que están aún en pie las de la sala del pabellón del norte. Miden más de cinco varas de altura por una de diámetro; no tienen bases ni chapiteles, y son de granito en opinión de unos y de pórfido en la de otros.

El estar las columnas en el centro del salón indica claramente que servían para sostener el techo. Desaparece también la bóveda maya-quiché, y se sustituye por

viguería nahoá. Las vigas estaban unidas con argamasa cubierta de estuco con tal perfección que Burgoa creyó que los techos eran de grandes losas. Con ese mismo estuco se cubrían las azoteas y los pisos. Los dinteles sí estaban formados de grandes piedras de una sola pieza.

Inútil sería describir los otros tres palacios semejantes en todo, y sólo diremos que en el cuarto se ha descubierto sobre una puerta una pintura mural, que por su carácter, lo mismo que los otros datos que hemos citado, confirma el origen tolteca.

Veamos lo que del edificio principal dice Burgoa. Éste lo vió todavía en regular estado: las salas eran cuatro altas y cuatro bajas, divididas éstas: el salón de

enfrente servía de santuario para los ídolos, que estaban sobre una piedra grandísima que servía de altar, y en las grandes solemnidades que con sacrificios se celebraban ó en el entierro de algún rey ó señor el gran sacerdote ordenaba á sus ministros inferiores que dispusieran el templo, los sahumeros y las vestiduras, y



Mitla — Mosaicos de grecas

bajaba á él con numerosa comitiva, sin que los hombres del pueblo se atreviesen á verle al rostro por estar persuadidos de que habían de caerse muertos si á tanto osaban.

Ya en el santuario, le vestían una ropa blanca de algodón, larga hasta debajo de las rodillas, y sobre

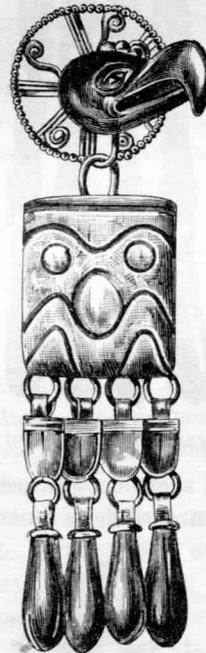


Ídolo de oro. — Un rey muerto

ella otra á manera de dalmática labrada con figuras simbólicas, y le ponían una mitra en la cabeza, calzándole los pies con sandalias tejidas de oro de colores. Ahí hablaba con los dioses y comunicaba sus órdenes á los creyentes, ó hacía los terribles sacrificios, tendiendo á la víctima sobre una losa al efecto preparada,

rasgándole el pecho y arrancándole el corazón para ofrecerlo á sus deidades.

El segundo salón servía de cámara sepulcral de los grandes sacerdotes y el tercero de panteón de los reyes. Aderezaban los cadáveres de sus reyes de las mejores ropas, plumas, joyas y collares de oro y piedras, armándolos con un escudo á la mano izquierda y en la derecha un venablo del que en sus guerras usaban. Descubriéronse en un sepulcro de Tehuantepec varios de estos objetos de oro, calculándose sólo el precio del metal en dos mil pesos. Como estaban en esqueletos humanos, trastos, útiles diversos, adornos de piedra, barro, cobre y conchas, se ha creído que era el túmulo de un rey tzapoteca y su familia. No es posible, supuesto que á estos reyes se les enterraba en Lyobáá;

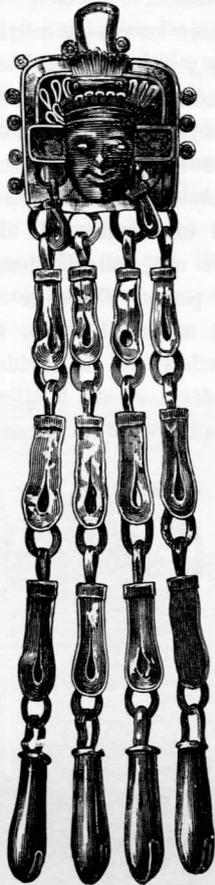


Colgajo de oro. — Cuanhtli

pero tumba de un rey ó cacique del Istmo, como eran de la misma raza y de las mismas costumbres sus habitantes, vecinos de los tzapoteca y más tarde á ellos sujetos, bien nos revelan sus hábitos funerarios.

El más notable de los objetos de oro es un rey muerto y embalsamado, con una corona de plumas en la cabeza escudo en la mano izquierda y cetro en la derecha: tiene colgajos en las orejas y en el labio inferior bezote de que pende una cabeza coronada con tres colgajos. Mide este idolillo 8 $\frac{1}{4}$ centímetros. Más importante de lo que á primera vista pareciera, esta preciosidad del arte tzapoteca nos revela la manera de enterramiento de los grandes, que conservaban la antigua costumbre de las razas del Sur, y como en realidad es símbolo del día *miquiztli*, acusa la introducción del calendario tolteca. Confirmase esto con otra de las figuras que el vulgo llamó la reina: mide 12 $\frac{1}{4}$ centí-

metros de largo y se compone de un rostro de mujer



Pendiente de oro. — Atl

rodeado de gotas de agua, de que penden cuatro colgajos que terminan en cascabeles de oro: es el signo del



Fragmento de un collar de oro

día *atl*. La tercera es una cabeza de águila sobre una rueda de filigrana, de la que cuelga una pequeña

placa de oro con cuatro colgajos: es el signo del día *cuauhtli*, y tiene diez centímetros de largo. El cuarto, algo más pequeño, es una lagartija y signo del día *cuetzpállin*. Estos cuatro signos, *atl*, *miquiztli*, *cuauhtli* y *cuetzpállin*, son sucesivamente representantes de los cuatro astros; lo que confirma la introducción del calendario tolteca.

Las pinturas del código Vaticano nos muestran también que los tzapoteca adoptaron los trajes nahoas, olvidando los antiguos que se ven en los relieves de Zaachila; pero continuaron siempre afectos al lujo, como



Mujer tzapoteca. (Código Vaticano)

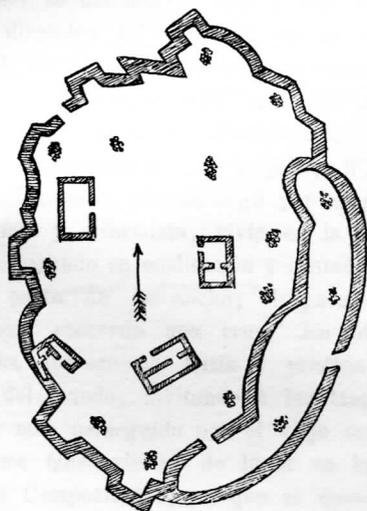
se ve por las joyas citadas, con las cuales se encontraron también orejeras de oro, una placa del mismo metal de tres centímetros de diámetro, con jeroglíficos, argollas en forma de culebras y más de treinta tortugas con colgajos, todas de oro que hacían un collar regio, siendo mayores las del centro y disminuyendo de tamaño las de los lados.

La modificación de las costumbres por la influencia tolteca, llegó hasta la manera con que figuraban sentados á sus ídolos, á los que pusieron en cuclillas según la usanza nahoá. Últimamente se ha hallado uno de mármol en esa postura en San Miguel Peras, región de los tzapoteca en que han abundado las minas de oro.

Nos encontramos ya con la fundición del oro, y

verdaderamente había entre los tzapoteca artífices admirables, si se atiende á las obras que conocemos. La fundición de los metales fué sabida por los españoles desde el principio de sus expediciones, pues en la barca maya que el hermano de Colón encontró, llevaban los mercaderes crisoles para fundir cobre. Persona que vió los adornos citados, dice que estaban trabajados en parte muy bien, aunque algo toscos en cuanto á sus diseños; pero que lo que ningún platero de hoy podría hacer, es el modo con que esas piezas se fundieron, pues todas lo están en hueco, teniendo el grueso de un papel y sin que se vea ninguna soldadura.

Y ya que hablamos de los sepulcros de los señores, diremos que las ceremonias que usaron los tzapoteca para celebrar la festividad de los difuntos son semejantes á la que describiremos al hablar de los mexica, y que ahora se encuentran tapiados los subterráneos del palacio de Mitla, sin que se haya hecho en ellos la debida exploración; lo que ha tenido tal vez por origen las preocupaciones del pueblo. Hay en éste la creencia de que los subterráneos abren paso á un camino cubierto que va á una fortaleza que sobre un peñón se levanta



Fortaleza de Mitla

y en la cual no hay agua: esta circunstancia lo hace inverosímil.

Mas antes de ocuparnos de la fortificación y para dar cabo á lo relativo sobre enterramientos de los tzapoteca, diremos que tenían otro lugar de descanso llamado *Zeetobá*, que eso significa la palabra que servía para enterrar á los grandes señores que no eran reyes. Estaba en un lugar llamado *Keuekijezáá*, que quiere decir *palacio de piedra*, porque, según el cronista, se edificó sobre una grandísima losa. Los reyes tzapoteca pusieron allí sacerdotes de gran inteligencia en sus ritos, tanto para la celebración de las solemnidades del culto como para asistir á los señores que llegasen á los sepulcros con los difuntos y persuadirles las esperanzas

supersticiosas de su vida ó tránsito por otras mansiones que los tzapoteca copiaron ó imitaron del *Tlalocan* nahoa.

En cuanto á la fortificación, enseñórase á tres cuartos de legua sobre la cima extensa de un peñasco escarpado y de aspecto dominante, levantándose despegado de la serranía que corre á una legua á la altura perpendicular de doscientas varas. La fortaleza construída en esa cima tendrá una proyección de media legua, y forma varios ángulos salientes y entrantes con interpolación de diversas cortinas. En su frente, que es el lado accesible, tiene por defensa una doble muralla: la primera es una curva elíptica terraplenada de bastante anchura, en la cual se encontraron todavía pilas de pelotas pequeñas para ser lanzadas por los honderos en caso de asalto: en el centro de esta primera obra está la entrada, cortada oblicuamente para evitar el que la enfilasen los proyectiles enemigos. La segunda que se reune por sus extremos con el recinto de la plaza, es de más elevación y forma su trazo una especie de tenaza: también tiene su puerta apartada de la primera por un terraplén amplio, y además su parapeto en que se encontraron otras pilas de pelotas de piedra.

Los ángulos de la tenaza, que á ambos lados se abre, forman en su centro una plaza de armas bastante espaciosa para juntar cierto número de guerreros que defendiesen la entrada ó pudiesen hacer salidas sobre el sitiador; y además en ese frente tenían colocados unos peñascos sueltos, como de una vara de diámetro, puestos en equilibrio á la orilla superior del talud, de manera que pudiesen fácilmente lanzarlos sobre los asaltantes. En lo interior de la muralla elíptica existen aun las ruinas de edificios que debieron servir para alojar á las tropas, y en la parte opuesta á la entrada del frente hay una salida falsa que tuvo por objeto probablemente facilitar una retirada ó proveer la plaza, en caso necesario, de hombres, víveres y agua.

Creemos no exagerar diciendo que la fortaleza tzapoteca, á la cual podemos señalar aproximadamente por época de su construcción el siglo XII de nuestra era, no era inferior á las europeas de los mismos tiempos.

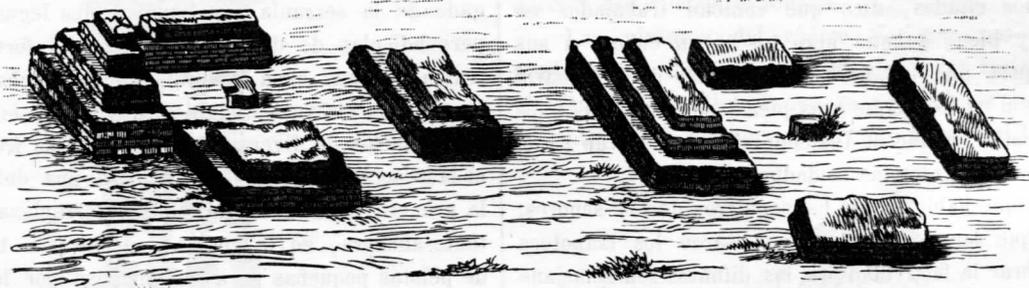
En cuanto á las construcciones piramidales de Mitla, Dupaix dibujó y trata de sus recintos abiertos rodeado de terraplenes que él creyó bases de templos ó zócalos de palacios de los sacerdotes. Son en realidad recintos fortificados: el uno cierra tres lados con pirámides de dos cuerpos y el otro con una de cuatro pisos; la gradería de ésta corresponde al poniente; se conoce que todo el edificio estaba revestido de piedras cortadas á escuadra, aunque las del centro son sueltas y mezcladas con adobes, y en los pisos se observa todavía que estaban revestidos de estuco y pintados de rojo almagre. A la plaza del centro daban las gradas de todas las pirámides, y en el medio de ella se levanta una gran

ara de mampostería con su escalera frente á la de la pirámide principal.

Semejante es el otro recinto con la sola diferencia de que los terraplenes de tres lados son de un solo piso

y el cuarto de dos, y que están contruídos de adobes.

Si á esto agregamos que á legua y media al oriente hay sobre un cerro elevado, que da á la entrada de la sierra de los mixes, otra fortaleza en ruinas, compren-



Pirámides de Mitla

deremos que los tzapoteca habían querido poner á salvo de cualquiera invasión á su ciudad sagrada, mansión del sumo sacerdote y más tarde necrópolis de sus reyes.

Las construcciones de que hemos hablado significan fuerza, poder y riqueza, y eran, sin embargo, de

la época en que principió la decadencia, mostrada no sólo en los trajes, en la arquitectura y en las mismas costumbres, sino en la división del antiguo territorio de Didjazá, que ya desde entonces se partió entre dos pueblos rivales, los tzapoteca y los mixteca.